

MAURIN, E. (2009), *Le peur du déclassement: Une sociologie des récessions*, Éditions du Seuil / La République des Idées, París.

Uno de los últimos fenómenos mediáticos en las ciencias sociales francesas ha sido *Le peur du déclassement*, un libro publicado en 2009 por el economista del EHESS Eric Maurin. En este breve trabajo, el autor trata de diagnosticar un problema que, en su opinión, aqueja a la sociedad francesa y que la reciente crisis económica ha vuelto a poner de manifiesto: el *miedo al desclasamiento*, una suerte de angustia sorda que se ha extendido por Francia y que tiene que ver, fundamentalmente, con el temor de los ciudadanos a perder el estatus ya adquirido mediante la vía laboral (junto al salario y las prerrogativas que dicho estatus garantiza), debido a las contingencias derivadas de los ciclos económicos y de las dificultades que experimenta el mercado de trabajo, caracterizado estos días por el elevado paro y la precariedad laboral. Las recesiones, con su gran destrucción de empleo, estimularían esta sensación de inseguridad vital en amplias capas de la población, con importantes efectos psicológicos, sociológicos y políticos (en forma de un viraje, muy conservador, en las opciones vitales elegidas por las clases medias). Según Maurin, este miedo parece estar mucho más extendido en Francia que en los países anglosajones o escandinavos, lo que lleva al autor a proponer la necesidad de desarrollar una *sociología de las recesiones*, que explique la excepcionalidad del caso francés en lo relativo a la importancia de estos temores en la configuración no sólo de un estado de opinión, sino también en la organización de las políticas socioeconómicas y de bienestar (aunque no es un caso tan sui generis, como veremos, pues existen algunas similitudes con debates existentes en España).

Maurin comienza describiendo en la introducción las raíces de ese miedo al desclasamiento, que localiza en la peculiar configuración de la estructura social francesa. Pese a la tradición republicana, la sociedad francesa todavía estaría marcada, en su opinión, por el aristocratismo, lo que influiría en que los ciudadanos persiguiesen una fuerte distinción social construida a partir de lo que el autor denomina el *estatuto*, un conjunto de privilegios y seguridades asociados a una determinada posición, generalmente relacionada con el puesto de trabajo. Frente a la fluidez de las sociedades anglosajonas, la sociedad francesa es según Maurin muy rígida, como resultado de que a la posición laboral se asocian otro conjunto de privilegios (contrato permanente, elevada protección social, altos costes de despido): este *estatuto* generaría así una fuerte dualidad social entre los que cuentan con él (viejas clases obreras, clases medias de una cierta generación, funcionarios de las administraciones públicas) y los que se ven excluidos del mismo (jóvenes, inmigrantes, emprendedores), lo que no sólo introduce desigualdad, sino un miedo entre los beneficiarios del *estatuto* de perder en un futuro sus privilegios sociales, lo que paraliza cualquier cambio, reforma o innovación. En el primer capítulo del libro el autor explicará que la constitución de dicha sociedad del *estatuto* es reciente, resultado de la elevación de la protección social durante la década de los sesenta fruto de las luchas sociales de los años sesenta y setenta. La crisis económica de 1973 estableció la primera

gran brecha entre aquellos protegidos y los nuevos contingentes de trabajadores, que han contado desde entonces con menos derechos: paulatinamente, dichas diferencias se han ido ampliando, hasta provocar una auténtica dualización social.

Su análisis, en el segundo capítulo, de otra recesión (la de 1993), se va a centrar precisamente en dicha fractura social, que ha generado una suerte de alianza tácita entre las clases medias de los sectores público y privado (apoyada por los sindicatos mayoritarios) frente a los jóvenes, que Maurin considera las auténticas víctimas de esta sociedad estatutaria. Cualquier medida de flexibilización del mercado laboral o de renuncia a los privilegios del *estatuto* ha sido mal acogida por las clases medias, que las han rechazado (incluso con huelgas generales) ante el temor de que puedan conducirles al desclasamiento. Así, cuando se produce una crisis económica con fuerte destrucción de empleo como la de 1993, son los jóvenes quienes lo pierden, incluidos los formados; sus desilusiones ante la precariedad laboral y el miedo ante la falta de seguridad les empuja a muchos a buscar puestos de funcionarios aunque estos exijan una menor cualificación, desvalorizando los títulos y generando una cultura de la “comodidad” que reduce el dinamismo social. En el tercer capítulo, Maurin va a defender con profusión de datos que dicha desvalorización educativa es inexistente: la formación universitaria va a seguir siendo una eficaz protectora contra el desempleo. Como podemos comprobar, los argumentos de Maurin están en la línea de mostrar confianza en el capital humano y la meritocracia, aunque esta última esté adulterada por los privilegios que emanan del *estatuto*, y que sólo sirven para generar disfunciones en el mercado de trabajo.

El cuarto capítulo se centra en la recesión actual, y Maurin denuncia la gran injusticia actual, que es la de seguir protegiendo a los ya protegidos, exponiendo al resto de los ciudadanos a la precariedad laboral y al desempleo. Se manifiesta muy crítico con los elevados costes del despido de algunos puestos de trabajo, que atentan a los empresarios e influyen en su apuesta por contratos más precarios. Maurin considera así imprescindible la reforma laboral, lo que no es una idea muy original. Es consciente de que en Francia el modelo norteamericano de mercado de trabajo no se aceptaría, pero cree que políticas laborales en sintonía con la flexibilidad aplicada en Dinamarca (con menores costes del despido, aunque compensados por una prestación por desempleo de cuantía más elevada y con mayor duración temporal) podrían ser útiles para generar un cambio cultural en Francia, por el que se valorase más la integración social que la protección de los privilegios de unos cuantos, y que supondría más equidad y menos desempleo. Concluye con una advertencia: la angustia del desclasamiento supone una ruptura del contrato social, por lo que demanda un cambio que termine con los privilegios de esta sociedad jerarquizada, en la que alcanzar o no el *estatuto* supone la vida o muerte social del individuo. La llamada a la acción es evidente.

El librito de Maurin (sólo 96 páginas) contiene ideas y estrategias retóricas parecidas a las que un grupo de economistas españoles están proponiendo al plantear un contrato único de trabajo: disminuir la protección social, a la que se le achaca agravar los problemas del mercado de trabajo, sin incidir en otras cuestiones más complejas que tienen que ver con la economía productiva y el Estado del Bienestar,

y que permanecen ocultas. Se culpa así de la precariedad laboral y el desempleo a los derechos de los trabajadores, a los que ahora se denomina, estratégicamente, privilegios; nada se dice de proteger socialmente vía derechos laborales a los que ahora están desprotegidos, o de regular los mercados financieros para minimizar los riesgos sociales. En resumen, este texto no deja de ser un conjunto de nuevos argumentos, algo más sofisticados de lo habitual pero no menos demagógicos, a favor de una mayor liberalización del mercado de trabajo, no disímiles de los que ya estamos escuchando a este lado de los Pirineos.

Carlos Jesús FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ  
Departamento de Sociología (UAM)  
*carlos.fernandez@uam.es*

Riie HEIKKILÄ  
Department of Social Policy (Universidad de Helsinki)  
*riie.heikkila@helsinki.fi*